

Sergio Mars

El precio del barquero



Colección  A sangre



Presenta

Colección



A sangre



El precio del barquero

Sergio Mars

El precio del barquero

Primera Edición: septiembre 2012

Reedición digital: noviembre 2015

Código: 978-540003863505-0055

Autor: Sergio Mars Aicart

Portada realizada a partir de la obra *La barca de Caronte* de **Benlliure**, cortesía del Museo de Bellas Artes de Valencia (<http://museobellasartesvalencia.gva.es/>)

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: David Jasso

Prólogo: Andrés Díaz Hidalgo

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de Huesos Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59, ED, 5A,

CP 50006 Zaragoza

Más información y contacto: www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Muchos lectores comienzan un libro obviando el prólogo. No se puede culpar a nadie por querer sumergirse directamente en el agua en lugar de ir probando la profundidad poco a poco pero, en ocasiones, resulta una gran pérdida. Aún recuerdo cuando gracias a leer el prólogo a la obra *Humo y espejos*, de Neil Gaiman, descubrí un relato que el autor había incluido subrepticamente a modo de regalo a quienes se toman la molestia de perder su tiempo en esas palabras iniciales. Aquí no hay ningún relato oculto, sino una sencilla introducción a *El Precio del Barquero*, una fabulosa y reflexiva obra que, a través del mito, hunde sus raíces en lo más profundo del ser humano. Y, por supuesto, en el sempiterno miedo a la muerte. En palabras de su autor, *la novela trata sobre espíritus necrófagos que hechizan los cementerios, sobre batallas sin fin entre las fuerzas del caos y del orden, sobre la avaricia y el rencor humanos, sobre la locura engendrada en la droga y sobre el fracaso último de nuestros mejores instintos ante la bestia egoísta que todos llevamos dentro*. Pero hay más, mucho más que eso.

Al principio fue el mito. El temor del ser humano hacia todo aquello que les era desconocido le hizo buscar explicaciones en forma de relato fantástico para llenar ese vacío. Como tal, es completamente indemostrable y, de hecho, suele oponerse a la realidad histórica contrastable pareciendo *una explicación errónea de los fenómenos*, en palabras de James Frazer. Su artificialidad es, por tanto, bastante palpable. De hecho, según Claude Lévi-Strauss, *un mito es percibido como tal por cualquier lector en todo el mundo*. Paradójicamente, los mitos han sido considerados como verdaderos, han realizado la función de ejemplificar ideas más abstractas o se han convertido en la base de algunas religiones. Para Herodoto, Hecateo y Evémero de Mesina, el mito esconde verdaderos acontecimientos literariamente embellecidos y, especialmente para el último de los tres, los dioses han sido hombres de gran poder (reyes o gobernadores) divinizados en la narración. En cualquier caso, los mitos se caracterizan por narrar hechos en los que intervienen dioses, semidioses, héroes, monstruos y mortales. Según Jung, *el hombre pocas veces comprende sólo con la cabeza, sobre todo el hombre primitivo. El mito, en virtud de su autoridad,*

produce un efecto directo en lo inconsciente, haya sido comprendido conscientemente o no. El que podría considerarse padre del inconsciente colectivo afirmaba que existía un lenguaje común a todos los seres humanos de todas las épocas y lugares, constituido por símbolos primarios. Dicho lenguaje aparece en los mitos y, por ello, han resultado comprensibles y adaptables a lo largo de los siglos.

Se distinguen cinco tipos de mitos. Los *teogónicos* relatan el origen y la historia de los dioses que, en la mayor parte de las ocasiones, tienen virtudes y vicios idénticos a los de los seres humanos. Los *cosmogónicos* dan cuenta de la creación del mundo, para lo cual se recurre a todo tipo de criaturas, materiales y medios más o menos maravillosos. Vinculados a estos últimos están los *antropogónicos*, que narran la aparición del ser humano en el mundo. Los *etiológicos* explican el origen de los seres y de las cosas y, muy generalmente, adoptan la forma de fábulas. Los *moraless* son aquellos que tratan de diferenciar el bien del mal y transmitirlo como enseñanza a las generaciones venideras mediante ritos de diversa naturaleza. Y, por último, los *escatológicos* intentan narrar el fin de todas las cosas, que generalmente

viene acompañado de todo tipo de desastres naturales basados en las dos fuerzas primordiales a las que el hombre más teme: el agua y el fuego. Centrándonos en estos últimos, podemos afirmar sin miedo equivocarnos que surgieron para dar respuestas a la pregunta más angustiada que acude a la mente del ser humano: ¿qué hay tras la muerte?

Según el generalmente ignorado diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, la muerte es la *cesación o término de la vida*. Ambos términos, la vida y la muerte, son antagónicos y a un mismo tiempo complementarios. No podría existir la vida sin la muerte y, sin la vida, la muerte no tiene lugar. Todo aquello que nace lleva implícito las semillas de su propia destrucción y todo cuanto el ser humano es, o aspira a ser, está marcado por la sombra de la muerte. La vida es ese camino, más o menos largo, que recorremos hasta dar el último paso, que nos hace traspasar la frontera hacia la muerte. Todos vamos a morir. Es una verdad inmutable que, para poder seguir adelante dejando la angustia a un lado, sencillamente obviamos. A lo largo de generaciones, el ser humano se ha preguntado qué existe más allá de la vida. Es una pregunta que encierra el autoengaño de considerar que *debe* existir algo más

allá de la degeneración y la corrupción de la carne, cosa que no puede ser demostrada empíricamente por el momento. Algunas culturas creen que los muertos siguen acompañando a los vivos, aconsejándolos y ayudándolos en los momentos importantes, e incluso otras, como el vudú, afirman que un enemigo puede ser más poderoso después de muerto de lo que lo era en vida. Las religiones más extendidas por el mundo adoctrinan a sus creyentes acerca de la existencia de la vida tras la muerte, bien mediante un retorno al mundo en otro cuerpo o bien con la supervivencia del alma (entidad invisible e inmaterial que dota de vida al cuerpo y que sobrevive a la muerte física de este) que es sometida a un juicio que determina el premio o castigo que merece en función de su comportamiento en el mundo. *Cuando la muerte se precipita sobre el hombre, decía Platón, la parte mortal se extingue; pero el principio inmortal se retira y se aleja sano y salvo.*

En la mitología griega, de la que deriva y es herencia nuestra civilización actual, ese principio inmortal platónico se dirige hacia el Reino de los Muertos cuyo nombre era *Hades*. Aclaremos, a título meramente informativo, que *Hades* era tanto el

nombre del lugar como el del dios de los muertos. Como lugar, su estructura interna varía dependiendo de la fuente consultada, por lo que no vamos a entrar en detalles. En lo que sí coinciden todas ellas es en la existencia de una serie de ríos, cada uno con un claro simbolismo, que recorrían el Reino de los Muertos. El río *Estigia*(Styx) marcaba el límite entre el mundo de los vivos y el de los muertos, al que rodeaba nueve veces. Tenía una serie de afluentes que convergían todos ellos en una gran ciénaga, en el centro, llamada laguna *Estigia*. Los difuntos podían atravesar este río con la ayuda de una barca conducida por Caronte, aunque otras fuentes añaden a *Flegias*. Una vez en el inframundo, las almas recibían un premio o castigo tal y como dictan otros mitos y tradiciones. Los ríos en los que se dividía el *Estigia*, según su simbolismo, eran los siguientes: el odio, la aflicción, el fuego, el lamento y el olvido.

El Río de la Tragedia, o *Aqueronte*(Acheronte) que era tal y como se le conocía, arrastraba a todo lo que se posara en sus aguas hacia el fondo, con la única excepción de la barca de Caronte. En él desembocaban los ríos Flegetonte y Cocito. El Río de la Aflicción, llamado *Cocito*(Cocytus) era un afluente del Aqueronte y por sus orillas vagaban sin

rumbo aquellos que no podían pagar a Caronte, teniendo que aguardar un siglo hasta que el barquero se apiadase de ellos. Se alimentaba de las lágrimas de los malvados. El Río de Fuego, o *Flegetonte*(Phiegethon) que ardía sin que nada se consumiese, era un afluente del Aqueronte y se le considera hijo de Cocito. En *La Divina Comedia* este río estaba compuesto de sangre hirviendo y eran condenados a él todos los relacionados con la violencia hacia sus semejantes. Los espíritus de los muertos bebían en las aguas del Río del Olvido, llamado *Lete*(Lethe) antes de reencarnarse, para olvidar su pasado en el mundo de los vivos y poder comenzar una nueva vida.

La Divina Comedia es un poema épico escrito por el poeta italiano Dante Alighieri que, según se estima, fue creado entre los años 1304 y 1321, año de su fallecimiento. Originalmente titulado *Commedia*, de acuerdo al esquema clásico por su final feliz, narra mediante el uso de crípticas alegorías y metáforas, el recorrido por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso del autor teniendo como guía al poeta latino Virgilio. En *El precio del Barquero*, la figura de Virgilio es sustituida por *Aisaque*, al igual que el primero, realiza una función de mentor y guía en su

camino. De hecho, coincide con la primera parte de la famosa obra italiana, en la que el autor desciende al Infierno. Aisa es uno de los muchos nombres que recibe *Átropos*, una de las tres *Moiras* las que incluso el mismísimo Zeus temía. En la mitología griega, las *Moiras* eran las encargadas de manejar el hilo de la vida de cada mortal desde su nacimiento hasta más allá de la muerte, lo que las hacía dueñas del destino de todos los seres, incluidos los mismos dioses. *Átropos*, también conocida como *Morta* la mitología romana, era la encargada de cortar el hilo, hilado por *Clotoy* medido por *Láquesis*, dictando el final del ser al que pertenecía. El más famoso bardo inglés de todos los tiempos, William Shakespeare, se valió del mito de las *Moiras* para crear las tres brujas que aparecen en los actos primero y cuarto de su obra *Macbeth*, y cuya intervención, como sucede con la de Aisa en la presente novela, es fundamental en el destino del personaje (sin dejar de ser él quien decide su propio final).

El personaje al que se menciona en el título de la novela es, por supuesto, *Caronte*, el barquero del Hades. Se le nombra por vez primera hacia el año 500 a.C. en el poema épico *Miníada*, de Pausanias. Lejos de poder ser transportados por *Hypnosy*

Thanatos, las clases sociales menos pudientes y más numerosas tenían que recibir dicho servicio de Caronte. Hijo de *Érebo* y *Nix* (Oscuridad y Noche), se encargaba de transportar las almas de los muertos al otro lado de la laguna Estigia o a través del río Aqueronte, según la versión de la historia que se consulte. En ningún texto se aclara si lo hace como castigo a alguna ofensa o por deseo propio. Su aspecto era el de un anciano muy delgado, siempre malhumorado, vestido con ropajes oscuros y cuyos ojos expulsaban llamaradas. Como pago a su trabajo recibía una moneda, razón por la que se enterraba en la Antigua Grecia a los cadáveres con una moneda bajo la lengua. Aquellos que no podían permitirse este pago debían vagar un siglo por las riberas del río hasta que Caronte accedía a llevarlos sin pagar. Los vivos sólo podían ser transportados si le pagaban con una rama de oro entregada por la sibila de Cumas. Así pues, en todo caso, siempre existía un precio a pagar por sus servicios.

Una de las tragedias más conocidas de la mitología griega acerca de la muerte y el regreso desde la misma es el mito de Eurídice. En él Orfeo, hijo de Apolo y Calíope y dotado con una inigualable habilidad para la música y la poesía,

tiene que emprender un viaje al Inframundo en busca de su esposa, la ninfa Eurídice, muerta a causa de la mordedura de una serpiente. Conmovidos por sus tristes cantos, dioses y ninfas le indicaron que descendiera al Hades en busca de su amada. Armado únicamente con su lira consiguió sortear todos los peligros y llegar a la presencia de Hades y Perséfone, los regentes del Inframundo. Se le dio la oportunidad de recuperar a su amada esposa con la única condición de que él caminase por delante de ella de regreso al mundo de los vivos y, hasta que la joven no fuese completamente bañada por los rayos del sol, no se girase para mirarla. Una petición difícil, debido a los múltiples peligros que debía sortear a su regreso, pero que sin duda suponía una verdadera muestra de fe. Dado que hablamos de una tragedia, el final no debería ser difícil de deducir, pero resulta más conveniente dejarlo sin mencionar.

La muerte, y muchas de sus manifestaciones, se encuentran en los cinco relatos, seis si contamos con el hilo conductor de la historia, de *El Precio del Barquero*. Así, se menciona también Tofet, que según el Antiguo Testamento, era un lugar cercano a Jerusalén en el que se sacrificaban niños al terrible dios *Moloch* haciéndolos perecer en las llamas. Tras

la prohibición del sacrificio infantil por parte del rey Josías, el lugar se convirtió en un vertedero donde se arrojaban animales muertos, basura y los cadáveres de los criminales ejecutados. Ardían hogueras de forma permanente para mantener alejadas las epidemias. En el libro de Jeremías aparece: *Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no les mandé, ni subió en mi corazón. Por tanto, he aquí vendrán días, ha dicho Jehová, en que no se diga más, Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza; y serán enterrados en Tofet, por no haber lugar.* Este lugar recibía en hebreo el nombre de *Ge Hinnom* (valle de Hinnom) o *Gai ben-Hinnom* (valle del hijo de Hinnom), que es de donde deriva la palabra *Gehenna* el concepto de *Infierno* de la tradición cristiana.

Moloch era un dios adorado por fenicios, cartaginenses y cananitas, identificado en las mitologías griega y romana como Cronos y Saturno, respectivamente. Aparece mencionado en el Antiguo Testamento de la Biblia tanto con dicho nombre como con el de Baal. Recordemos que, cuando Moisés descendió del Monte Sinaí tras recibir las

Tablas de la Ley de manos de Dios, encontró a buena parte de su pueblo adorando al becerro de oro, que es una representación de Baal. Moloch, que había adoptado la forma de un ser humano con cabeza de res, sentado en un trono, requería cada cierto tiempo sacrificios humanos. Las estatuas de Moloch estaban huecas, con la boca abierta y las manos en actitud de recibir ofrendas que se arrojaban en su boca o que el mismo dios, mediante un mecanismo de poleas, tomaba. En su interior se encendía un fuego en el que sus víctimas morían abrasadas. Dichas ofrendas sangrientas, para mayor crueldad, eran siempre niños. En el Deuteronomio encontramos la prohibición de sacrificar más niños al perverso dios: *Y no entregarás a nadie de tu descendencia a Molech, ni profanarás el nombre de tu Dios: yo soy el Señor.*

Regresando a la obra que nos ocupa, *El Precio del Barquero* compone de cinco relatos que tienen como nexo común la guía de Aisa a través del Hades. Los títulos de las cinco historias son: *El fotógrafo de epitafios, El precio del barquero, Una presión excesiva, Jugos de una hierba de Hécatey Benadrel.* Podría ofrecer un breve resumen de cada uno, pero considero que es mucho más apasionante sumergirse

en ellos como tuve la oportunidad de hacerlo yo, sin saber hacia dónde conduce la trama. Como en la conocida anécdota de Mark Twain en el tren, envidio a los lectores de *El Precio del Barquero*, porque van a tener el inmenso placer de poder disfrutarlo por primera vez. Pero también es conveniente, e incluso necesario, dedicar unas cuantas líneas al excelente autor, Sergio Mars Aicart.

El autor nació en Valencia el primer día del año 1976 y es licenciado en Ciencias Biológicas. Algunos de sus relatos más conocidos son *Cenizas del Niflheim*, publicado en el segundo volumen de la antología de muertos vivientes *Antología Z*; *Principio de exógenesis*, que vio la luz en el número cuatro de la tercera época de la revista *Artifex*; *Es mi trabajo*, seleccionado para la antología *Entierros* abrió la colección *Calabazas en el Trastero*, y *Yamata-no-Orochi*, publicado en la lamentablemente extinta *Miasmay* en *Fabricantes de Sueños 2008*. Mención aparte merece su antología de relatos cortos titulada *El Rayo Verde en el Ocaso*, en la que aparece el relato *Cuarenta siglos os contemplan*, que recibió el premio Ignotus 2009 y anteriormente ya había sido mención del jurado en el premio UPC 2006. Su trayectoria literaria completa incluye decenas de colaboraciones

en forma de relatos y artículos para distintas publicaciones de la categoría de *Axxono Rescepto*. De esta última, y puestos a elegir, escogería el artículo *Spectrum: La simplicidad hecha arte (y vicio)*, del que Sergio es coautor, por razones meramente sentimentales. Además, ha dado varias conferencias desde el año 2002 y es miembro de AEFCFT (Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror) y de NOCTE, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Ahora vamos a averiguar si tú, querido lector, estás dispuesto a pagar el precio del barquero...

Andrés Díaz Hidalgo
Editor

*Cuando súbitamente el profeta cayó entre las
sombras pálidas
e irrumpió en las moradas de los muertos
y en los misterios del reino subterráneo,
y atemorizó a los espectros con su cuerpo
acorazado,
a todos colmaron de horror y maravilla las armas
y caballos
y el cuerpo aún incorrupto sobre la orilla Estigia.*

La Tebaida

Libro VIII

Publio Papinio Estacio

No se han cumplido ni veinticuatro horas desde que me sacaron de las tinieblas de la *Sima dos Queixumes* e ignoro si podré soportar la carga que he puesto sobre mis hombros. No recuerdo demasiado del rescate. Sólo una terrible sensación de impotencia, la dureza inflexible de la camilla contra mi espalda y el apretón avaricioso de las correas de seguridad. Me han contado que grité durante todo el ascenso hacia la luz, y que lloraba cuando me cubrieron el rostro con la máscara de oxígeno y ahogaron mis protestas.

Sí que recuerdo el frío. En las entrañas de la Tierra nunca pasas frío. Eso es algo que sólo experimentas fuera, allí donde sopla el viento, y donde llueve, y donde a merced del baile caprichoso que ejecutan el Sol y su concubina a veces el cielo es azul y a veces negro, en un momento te congelas y antes de darte cuenta ya te estás asando. Es frenético, ¡salvaje! Pero apenas a dos metros bajo la superficie cede el dominio del caos y reina la paz eterna. Por eso, ahora viene a mi memoria, siempre me interesó la espeleología.

Es una de tantas cosas que fueron importantes en mi existencia anterior y que ya he olvidado.

Y sin embargo, jamás lograré arrancar de las circunvoluciones de mi cerebro aquello que presencié en la sima. Esas imágenes, esas historias están grabadas a fuego en los delicados pliegues, y mía fue la mano que sostuvo el hierro candente, y mía, sólo mía, la que lo aplicó con inconsciente sadismo, privándome para siempre del bálsamo de la ignorancia.

Lo habíamos planeado durante meses. Un premio. Modesto, como modestas eran nuestras aspiraciones. Un recorrido de oriente a poniente por la vertiente cantábrica, practicando el deporte que a ambos nos apasionaba. Nada de buscar rutas complicadas ni desafíos subterráneos. Únicamente el placer de estar juntos, y solos, aislados del universo, compartiendo nuestra afición y celebrando el fin del primer año de nuestro proyecto en común; el principio del resto de nuestra vida.

No sé cómo acabamos en...

El nombre se ha borrado de mi pasado. Quizás sea mejor así.

Casi seguro que debía acoger en su término municipal el albergue más barato de la comarca. Estábamos al final del viaje, y si algo no nos sobraba eran los euros. Allí supimos de la Sima, una cueva

que no venía en los mapas, ni recogían las *webs* de aficionados; “*un buraco negro sobre o que os paxaros non voan*”, como nos explicó la dueña. Habían sido dos semanas maravillosas. Nos aferramos a la posibilidad de prolongar nuestra aventura un poco más. Con toda seguridad, no sería sino una grieta somera, pero ¡qué magnífico colofón para las vacaciones vivir juntos la emoción de explorar lo desconocido!

Partimos bien de mañana, sin prestar atención a las histéricas protestas de la dueña. Nada podía mellar nuestra coraza de buen humor. Nos pasamos todo el viaje fantaseando sobre irrumpir en un cónclave de *meigas* o perturbar un cubil de *trasnos*.

La boca de la sima se abría en medio de un bosquecillo de tejos. Imposible encontrarla si no se la estaba buscando. Apenas nos asomamos ya pudimos constatar que era bastante más profunda y espaciosa de lo que habíamos imaginado. Hubiéramos debido dejarlo correr, pero ya que estábamos allí al menos podíamos echarle un vistazo. Bromeamos todo el rato mientras nos equipábamos. Nos besamos, y sólo la atracción de un submundo virgen nos permitió aplacar las demandas de la carne con promesas de futura retribución con intereses.

Lanzamos la moneda. Salió cara. Gané la prerrogativa de abrir ruta. A cuatro metros de la superficie y quién sabe cuántos del suelo se soltó la cuerda. Caí.

Desperté en un lugar que no era ni gruta ni cielo abierto. Empapado. Con las piernas aún metidas en una corriente de aguas negras y silenciosas, cuyos únicos indicios de movimiento eran la presión que ejercían sobre mis ateridas extremidades y las tímidas estelas que éstas dejaban, pues su superficie se mostraba por lo demás lisa como un espejo de obsidiana.

Me arrastré orilla arriba. La corriente tenebrosa me dejó ir sin oponer resistencia, tal vez con un levísimo beso de despedida. Miré a mi alrededor. Ni una chispa de luz mancillaba la perfecta oscuridad, y sin embargo podía ver, aunque de un modo extraño, presintiendo los colores más que discerniéndolos. Además, las formas se difuminaban con rapidez en la distancia, igualadas en la negrura de una noche sin estrellas. Alcé los ojos, pero no distinguí ningún lejano círculo de luz. Una parte de mi mente pensó que el río subterráneo debía de haber amortiguado mi caída, y luego me había arrastrado lejos de la

vertical de la entrada, pero la voz predominante gritaba que eso eran tonterías, que nada parecido a aquel lugar podía existir bajo la superficie del mundo, que debía de haberme golpeado la cabeza y deliraba, quizás con las neuronas sobreexcitadas por la lucidez bioquímica que precede a la agonía.

Como corroborando esta opinión, empecé a distinguir sombras que se arrastraban por la orilla, caminando sin que pie alguno hollara el polvo de siglos en la misma dirección que llevaba la corriente. Me sobresalté, y las sombras, que en la oscuridad eran luminosas, se apagaron.

No supe qué hacer. Me quede quieto, medio acostado en el suelo pétreo, mientras mis ropas se iban secando por el calor corporal. Empecé a entreverlas de nuevo. Jirones de luz que titilaban brevemente para desaparecer al instante, como si se abrieran efímeras rendijas entre gruesos velos de terciopelo. No realicé el menor movimiento. Carecía por completo de voluntad. Las sombras se fueron definiendo. Cobraron forma, volumen. Vi desfilar una multitud incontable. Hombres, mujeres, altos y bajos, guapos y feos, de todas las razas y edades imaginables, todos ellos unidos en un mismo propósito, una misma marcha y una misma

expresión a mitad camino entre la indiferencia y la resignación.

Estuve así un tiempo indefinido. Pasaron cientos, quizás miles de sombras, sin que ninguna mostrara indicio de haber siquiera reparado en mi presencia. Eran trémulas, insustanciales, pero al final me hicieron dudar de mi propia solidez, hasta el punto que agarroté las manos enguantadas en torno a los antebrazos para asegurarme de que seguía allí, de que yo era real. La inmutable cadencia de la procesión de sombras me sumió en una especie de trance del que sólo desperté cuando una figura blanca y muy material se detuvo ante mí.

Era una mujer. No recuerdo exactamente qué tipo de ropas llevaba, ni tan siquiera si iba vestida. Mejor dicho, la recuerdo, pero no estática, sino fluctuante. Tan pronto lucía un recargado conjunto como la más sencilla de las túnicas como mostraba sin pudor su marmórea piel lampiña. Me costó años alzar el cuello lo suficiente para mirarla a la cara.

—Sé bienvenido, afortunado mortal —me saludó—, pues un portentoso destino te ha traído, así equipado y en carne incorrupta, a orillas del Estigia.

—¿Cómo? —alcancé a farfullar—. ¿Qué lugar es éste? ¿Quién eres tú?

—Muchos nombres nos han sido otorgados, todos por quienes no nos han conocido. Mi predilección es por los antiguos, así que donde te encuentras es en el Hades, y a mí puedes llamarme Aisa.

Ante esta declaración la primera frase que había pronunciado empezó a permear en mi consciencia, y el nombre del río de cuyas aguas había escapado arrastrándome cobró sentido y se metamorfoseó en la pieza central de un rompecabezas imposible.

—¿El Hades? ¡No te burles de mí! He sufrido un accidente, y no estaba solo. Estará preocupada. ¡Debo volver junto a ella y tranquilizarla!

—Sí, debes salir de las estancias de los muertos, que no son para quienes aún respiran y sienten, mas no puedes volver por donde viniste, pues la corriente avanza en un único sentido y la frontera del Estigia no puede cruzarse a la ligera. Por lo que, por tu bien, pienso y decido que vengas tras de mí, y seré tu guía.

—¿Estás loca? —vociferé—. ¡No quiero saber nada de tus delirios! He estado en cientos de grutas. Conozco la geología de esta región. Encontraré una salida.

—Necio —me susurró, con voz tan suave que hizo temblar mis entrañas—. No te hallas en tu terreno, sino en el mío.

Entonces, moviéndose tan rápido que no pude seguirla con la vista, se situó a mis espaldas y me sujetó con delicadas manos de hierro la cabeza. Me obligó a mirar al frente, a la macabra comitiva de difuntos.

—¿Crees conocer las reglas que rigen en el reino del Hades? —preguntó a mi oído—. Pobre iluso. No sabes casi nada; ni de este mundo, ni del tuyo. Obsérvalos. ¿Cómo crees que cruzaron el río? ¿Piensas quizás que todos disfrutaron de un tránsito tan cómodo como una simple caída sobre un pétreo lecho? Por ejemplo ése. Sí, el que avanza renqueante, como si hubiera olvidado el arte de andar sobre dos piernas. ¿Cuál será su historia? ¿Deseas conocerla?

El terror me atenazó la garganta. Intenté contestar, decirle que no, pero las palabras no lograban despegarse de mi lengua reseca. Obedeciendo una orden muda y estática de Aisa, la sombra se desvió de su camino y avanzó hacia nosotros. Me debatí, pero todo fue inútil, me tenía bien sujeto. La sombra se cernió sobre mí. Tan fácil como me había sido antes perderlas de vista, ahora

que lo deseaba no podía borrarla de mi universo. Su rostro estaba aún más desprovisto de expresión que el de las otras, pero sus ojos... sus ojos eran dos pozos negros que me devoraron.

El fotógrafo de epitafios

Eres, sin darte cuenta, odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los que están en la tierra, y la maldición que por dos lados te golpea, de tu madre y de tu padre, con paso terrible te arrojará, algún día, de esta tierra, y tú, que ahora ves claramente, entonces estarás en la oscuridad.

Edipo Rey, Sófocles

Las condiciones de luminosidad no eran las más adecuadas, pero había encontrado muchas más inscripciones interesantes de las que había previsto, y tenía que aprovechar al máximo los tres días que le habían sido concedidos para llevar a cabo su investigación si quería documentarlas todas. Si eso implicaba tomar fotografías cerca del ocaso, no había nada que pudiera hacer al respecto, salvo aumentar el tiempo de exposición y utilizar la configuración nocturna de su *Olympus*. Si podía evitarlo, prefería no tener que recurrir a retocar el contraste a posteriori, pues no importaba el cuidado que tuviera, las tomas siempre quedaban artificiales.

Plantó el trípode y reguló su altura. Tan sólo un año antes se hubiera visto obligado a tumbarse en tierra para conseguir un encuadre correcto, por fortuna había aparecido el modelo E-330, la primera cámara réflex digital con pantalla de previsualización, que le había ahorrado mucha suciedad. Eso por no hablar de concederle un poco de dignidad, que nunca viene mal. Incluso así, durante el último mes le habían gritado de todo. No quería ni pensar en cómo hubiera podido subir el tono de los improperios y el mal gusto de las bromas si se hubiera visto obligado a hacer su trabajo tendido entre tumbas.

Leyó el epitafio; pertenecía a dos subgrupos, el de los versificados y el de las interpelaciones a los vivos:

Piensa, mortal,
quien quiera que tú fueres,
que fui lo que tú eres.
No hay edad prefijada;
tal vez seas hoy
lo que yo soy.
No te importe mi nombre,
tan siquiera, yace aquí
quien te espera

Las letras estaban talladas con cuidado, aunque sin florituras, algo muy acorde con el significado del poema. Se trataba de una sepultura sencilla. Sólo una lápida, erguida a la cabecera de un pequeño montículo en la tierra que apenas destacaba del suelo por culpa de la erosión de años. Tomó un cepillo y limpió con delicadeza el polvo acumulado en las hendiduras. Había visto la obra de otros fotógrafos de cementerios que se recreaban en las estampas más ajadas, las flores marchitas, las lápidas recubiertas por una pátina de barro seco, agrietadas, cubiertas de musgo; era una visiónseudorromántica que no compartía. Sin duda, debía de ser del agrado de almas sensibles y anticuadas, pero no podía estar más alejado del objetivo científico de su investigación, patrocinada por un consorcio de cajas de ahorro en el marco de un gigantesco estudio antropológico. No era que le hiciera ascos a una buena fotografía de ésas que exudan goticismo —y podían resultar una buena inversión a largo plazo; de hecho ya había vendido una para servir de portada a un estúpido manual de ocultismo para borregos—, pero no las iba buscando; lo que su trabajo precisaba, aun más, exigía, era la

meticulosidad de un erudito antes que el ojo de un artista. Aquellas reflexiones le condujeron ineludiblemente a pensar en Bécquer.

Tenía que admitirlo, aunque fuera sólo ante sí mismo, aquel trabajo estaba sensibilizando y envejeciendo su alma a pasos agigantados. Se había descubierto desempolvando viejas lecturas de adolescencia y profundizando en ellas. A falta de otra compañía mejor, y aunque pudiera tildarse de compulsión enfermiza, sus noches en hostales baratos las pasaba siguiendo las andanzas de don Juan Tenorio, del estudiante de Salamanca o de Ichabod Crane, y sumergiéndose con entusiasmo en la obra de Poe, Hogdson, Lovecraft, Matheson y, por supuesto, Bécquer, cuyas últimas palabras, “Todo mortal”, hubieran quedado de fábula como epitafio; mucho mejor que el “Yo soy Providence” del bueno de H.P.

No era algo que estuviera dispuesto a revelar a cualquiera, pero en cierta forma le parecía que así era como debían de disfrutarse esas obras. En los tiempos que corrían se llevaba alejarse lo más posible de la muerte, acordándose apenas de los fallecidos por Todos los Santos, con una especie de compulsión avergonzada, como si en un día pudiera

cumplirse con lo exigible para todo el año. Ese distanciamiento hacía imposible captar en toda su riqueza aquellas historias provenientes de épocas más inciertas. ¡Cuando las había leído por primera vez ni siquiera había visto todavía un muerto en vivo, por así decirlo! Carecía del marco de referencia adecuado.

Habiendo trabajado entre lápidas, no le costaba mucho estremecerse ahora ante la imagen de unos monjes cadavéricos cantando el miserere, o empatizar con la terrible desazón de Roderick Usher, o maldecir a Kuttner por las jodidas ratas de su cementerio. Lo curioso era que su vicio nocturno no parecía afectar a su trabajo. Si acudía a algún loquero seguro que le soltaba alguna chorrada acerca de que sublimaba su miedo, o que exorcizaba la inquietud, o que se vacunaba frente a la muerte, o alguna tontería por el estilo. Lo cierto era que los camposantos solían ser de los lugares más apacibles sobre la faz de la Tierra, de los pocos en los que se podía encontrar paz sin tener que castigar las piernas por senderos de montaña más propios de cabras que de hombres. Por añadidura, se dedicaba a lo que más le gustaba: la fotografía, y le pagaban por ello, lo cual no era poco mérito para alguien que había acabado

entrando de rebote en la facultad de historia, tras haber fracasado como un miserable en su intento por perseguir las metas que otros le habían marcado.

Contempló la lápida con ojo crítico, tratando de decidir si valía la pena que humedeciera las letras para hacerlas resaltar. No podía perder demasiado tiempo, ya que a aquellas horas la luz cambiaba tan rápido que podía malograr la toma si elegía mal. Por último, llegó a la conclusión de que era un texto demasiado extenso, y que para cuando hubiera terminado de perfilarlo de poco le iba a servir el mayor contraste obtenido, de modo que lo mejor que podía hacer era tomar la instantánea sin mayor dilación. Ajustó con cuidado todos los parámetros – la cámara podía hacerlo casi igual de bien de forma automática, pero se resistía a confiar hasta ese punto en la tecnología; y le gustaba pensar que su presencia aún marcaba una diferencia– y disparó.

Examinó satisfecho la imagen que aparecía en la pantalla. Sólo para asegurarse, echó otras dos, aumentando y disminuyendo el tiempo de exposición, obteniendo como resultado lo que ya sabía, que la primera había sido la buena. Tenía otro epitafio documentado. Aquella misma tarde, sentado frente a un café, lo incluiría junto con el

resto de la producción del día en la base de datos. Debía de ser el que hacía el doscientos cincuenta, poco más o menos. Una cifra que, de ser correcta, supondría que había llegado al ecuador de su investigación de campo(santo). Era un motivo tan bueno como otro cualquiera para obligarse a dejarlo por aquel día y ahorrarse la frustración de volver a realizar todos los preparativos para nada.

Sólo entonces se percató de que ya no estaba solo. Mientras se hallaba concentrado en su trabajo los integrantes de un cortejo fúnebre tardío se habían reunido en un rincón. Les lanzó un rápido vistazo, desviando enseguida la mirada, con la vaga conciencia de que espiar el dolor ajeno estaba mal. Sin embargo, ese breve contacto le bastó para constatar que debía de tratarse del entierro de alguien muy joven. Desde que había empezado su trabajo había “asistido” a un buen puñado de sepelios, y ya podía calcular de forma bastante aproximada la edad del difunto a partir de detalles como el número de los congregados, su juventud y los signos de dolor que exteriorizaban. Era un método sujeto a error, pero, aunque macabra, resultaba ser una ciencia bastante exacta.

Comenzó a recoger con manos torpes todo el material que tenía desperdigado. Ahora que se había percatado de que tenía compañía, no podía dejar de notar su presencia. Hasta él llegaban sollozos mal contenidos y, de tanto en tanto, unos gemidos angustiosos que, aunque apenas alcanzaba a escucharlos, iban pesándole cada vez más en el estómago; debían de provenir de la madre. Aquello era lo malo de los cementerios. De vez en cuando la gente traía su dolor para tratar de enterrarlo junto con los cuerpos de sus seres queridos.

Empezó a ponerse nervioso. Sentía ojos acusadores clavados en su espalda y casi podía oír los comentarios despectivos: “¿Has visto a ese degenerado?”, “Llama al encargado para que lo expulse”, “¡Buitre!”. Los nervios hicieron que se le escurriera el trípode cuando lo estaba plegando para guardarlo en su funda. Lo vio caer casi a cámara lenta, girando con lentitud en el aire antes de golpear el borde granítico de la tumba contigua a la que había estado fotografiando. El sonido metálico del golpe pareció reverberar en el huerto de lápidas. Se giró con una sonrisa de disculpa en los labios y un brillo de vergüenza en los ojos, pero nadie le estaba

prestando atención. La ceremonia seguía su curso, ajena por completo a él.

Hacía fresco, pero aun así tuvo que pasarse la mano por la frente para secarse el sudor que la perlaba de repente. Sin poder contenerse, fijó su atención en el entierro. Se trataba de una de las escasas inhumaciones de verdad –en un hoyo en la tierra– que aún se realizaban. Casi todo el mundo tenía que conformarse con un nicho anodino en uno de esos bloques de hormigón que parecían archivadores. El asunto no carecía de cierta ironía poética: “vida archivada, ¿la siguiente?”, pero no podían compararse con el viejo regreso a la madre naturaleza. Además, quizás su proliferación fuera una de las causas por las que cada vez menos personas sentían la necesidad de dejar unas últimas palabras cinceladas en piedra que las recordaran y las individualizaran. Las necrópolis modernas invitaban a la uniformidad, la imponían incluso.

Ya estaban bajando el pequeño ataúd a la cavidad que le habían preparado. Se trataba de un niño pequeño de verdad, un bebé. Más que un féretro, parecía una arqueta para guardar algo frágil y valioso: joyas, muñecas de porcelana, copas de cristal... El agujero que habían cavado parecía

enorme por comparación. Le hizo acordarse del epitafio en la tumba de Heisenberg: “Yace por aquí, en algún lugar”. Tuvo que morderse los labios para no emitir una risita nerviosa. Se giró con brusquedad para apartar de su vista el fúnebre motivo de su hilaridad y se encontró así cara a cara con un hombre oscuro que se le había acercado en completo silencio mientras se encontraba distraído.

–Ehhh... hola –masculló, enrojeciendo; se le había pasado de súbito toda la histeria.

El extraño no le contestó enseguida. En su mente lo había descrito como hombre oscuro, aunque en realidad no podía afirmar de qué tonalidad tenía la piel o siquiera el cabello, ni tampoco hubiera podido describir sus rasgos. Aunque aún no eran las seis, el sol acababa de ocultarse tras las montañas. Pese a todo, debería haber habido suficiente claridad para distinguir los detalles generales de su fisonomía, de no ser porque parecían velados por unas sombras de origen incierto.

–Leyendo epitafios –dijo al fin, con una voz profunda, cuyo único rasgo distintivo podía ser un levísimo acento, que se insinuaba más que quedaba de manifiesto en las eses.

—Sí —reconoció el fotógrafo, aunque no había sido una pregunta. Hasta entonces siempre había tenido que dar a los curiosos explicaciones detalladas sobre cuál era el trabajo al que se dedicaba, y a menudo tenía que repetir las varias veces, cambiando algunos términos, hasta que entraba en la cabeza de su interlocutor el objetivo real de su labor. Resultaba increíble constatar cuánta gente había que no conocía el significado de la palabra “epitafio”.

—¿Por qué?

Parpadeó y empezó a soltar la explicación formal:

—Estoy desarrollando un estudio para la Fundación OSVAR, enmarcado en un plan de desa...

—Poco a poco había ido bajando la voz hasta enmudecer. Su interrogador no hizo ademán de apremiarle. Se mantuvo en la misma posición, sin mostrar impaciencia alguna pero claramente determinado a aguardar el tiempo que hiciera falta. Comenzó de nuevo—: Quiero conocerles a través de las palabras que ellos o sus conocidos grabaron en la piedra. Quiero analizar cómo se enfrentaron a la muerte; si fue con humor, o con miedo, o con indiferencia; si quisieron engañar al futuro o aprovechar su última oportunidad de ser sinceros. Quiero saber qué ideas nos mueven cuando se acerca

el momento final, qué parte de nosotros queremos legar a la posteridad. Supongo, en definitiva, que quiero comprender un poco mejor el misterio de la mortalidad.

Se detuvo confuso. ¿Cuánto había de verdad en la parrafada que acababa de soltar? ¿Cuánto había de verdad en la explicación que solía dar a los curiosos? Entreabrió la boca, sin llegar a emitir ningún sonido. Seguro que ponía una cara estúpida, pero su interlocutor no mostró signos de extrañeza. Quizás estaba haciéndose preguntas similares. Lo cierto era que no dejaba traslucir ninguna reacción, ni de aprobación ni de condena, se limitaba a quedarse quieto, estudiándolo con una intensidad absoluta.

—La piedra no miente —le confió el extraño en un susurro, como quien revela una verdad evidente a un ignorante— sólo la carne ostenta ese privilegio.

El fotógrafo asintió tras un titubeo. Quiso añadir algo, lo ansiaba con todas sus fuerzas, pero no se le ocurría el qué. Tan sólo acertó a seguir plantado, moviendo la cabeza arriba y abajo. ¿O era de lado a lado? Tan pronto le parecía más acertado lo primero como lo segundo. El otro continuó, sin que al parecer le importara conocer su opinión, las palabras surgían

de su interior como un torrente tumultuoso, fluyendo sin tregua, frías e incontenibles:

—La Muerte guarda celosa sus secretos, pero la escritura es más fuerte. No hay misterio en la mortalidad, sólo palabras que aún no han sido registradas. Y lo que no está registrado no existe, así que la Muerte no existe... hasta que se graba a cincel sobre piedra. —El hombre oscuro se le acercó dos pasos, de modo que ambos rostros estuvieron separados apenas un palmo. Ni siquiera entonces sus rasgos resultaban discernibles. No dejó de hablar en ningún momento; sin alzar la voz, pero imprimiéndole una cadencia enfática, ponderativa—. Mas con el paso de los siglos la lápida se desgasta, los nombres se borran, los hechos se olvidan. No ha habido vida, no ha habido muerte, sólo una piedra lisa, esperando unas palabras que den existencia a lo que fue durante el breve lapso en que es.

El fotógrafo de lápidas se echó atrás con brusquedad. Sus talones tropezaron con el borde de una tumba y tuvo que esforzarse por no caer de espaldas. Tanto le costó mantener el equilibrio que no fue hasta haber recuperado la compostura que se dio cuenta de que la luz mortecina del crepúsculo había dado paso a una oscuridad densa y asfixiante.

No veía nada. Gritó, gesticulando con los brazos sin encontrar obstáculos. Movi6 con cuidado los pies y encontr6 de nuevo la resistencia angulosa de una l6pida. Al menos seguía en el mismo lugar, en el cementerio, no estaba perdido... y no estaba solo, los asistentes al funeral podían acudir en su auxilio. Comenz6 a balbucear entre sollozos:

—Ayuda. Necesito ayuda. —Y luego más fuerte—:
¡Ayudadme!

Not6 una mano fría que le cogía del brazo izquierdo. El contacto era desagradable, pero se aferr6 a él como si fuera una tabla tras un naufragio. Su respiración se acompas6 y empez6 a detectar formas. Sus ojos se estaban adaptando poco a poco a la escasez extrema de luz. Todo el episodio había durado quizás un par de segundos, aunque a él se le había hecho eterno. Pronto fue capaz de distinguir los rectángulos de mármol blanco que lo rodeaban, perfilados en un océano de tierra negra y quebrados por los oscuros ángulos rectos de las cruces que los coronaban.

Entonces sali6 la luna, o quizás se asom6 tras un manto de nubes, desvelando el paisaje con su mirada plateada. Contempl6 al hombre oscuro que lo había sujetado, sólo que a la luz de la luna ya no era oscuro,

sino terriblemente visible. Su cara estaba surcada por profundas arrugas, cinceladas en una piel pálida y gruesa, inalterable. No era, sin embargo, el rostro de un anciano. El tiempo no había tenido nada que ver en la configuración de aquella intrincada red, ni tampoco podía responsabilizarse a ningún movimiento facial normal, como sonreír, fruncir el ceño o guiñar los párpados. Sólo se podía reconocer como una cara por la prominente nariz y los ojos, en los que era posible detectar ocasionalmente un apagado fulgor cobrizo. Sus manos eran huesudas y sus largos dedos acababan en uñas como caparazones de escarabajos.

Hizo un intento, sólo uno, de soltarse. Aunque lo aferraba sin aparente esfuerzo, la presa no cedió un ápice. Sintió cómo por sus propios movimientos empezaba a clavarse aquellas uñas de borde mellado y eso lo petrificó. No quería ni imaginar lo que podía pasarle si llegaban a probar su sangre, la contaminación irreversible que estaba seguro que sobrevendría sobre él. En todo caso, su inmovilidad no fue una decisión consciente, sino instintiva, más poderosa que el impulso que le gritaba que huyera, que se alejara de aquel cementerio y de aquel ser, que le avisaba de que estaba en juego algo más

trascendental que su simple vida. La aparición habló de nuevo, a través de una boca sin labios que se confundía con el resto de estrías de su rostro hasta el punto en que no era posible negar de forma categórica que en cada ocasión se abriera en una posición ligeramente distinta de la anterior.

—La Vida no conoce a la Muerte, ni la Muerte a la Vida. Sólo en el centro se puede mirar en ambas direcciones y diferenciarlas. Y el centro es la Palabra, que es soberana de Muerte y Vida, pero ¿qué rige sobre la Palabra?

De nuevo en silencio, el extraño ser lo estudió con fijeza. No era tanto que estuviera esperando una respuesta como si aspirara a arrancarla de algún secreto escondrijo en el subconsciente del fotógrafo, que se aclaró la garganta sin saber cómo actuar. Un ruido a sus espaldas le distrajo. Se giró con nerviosismo y contempló con horror una escena que parecía directamente sacada de un cuadro de Richard Upton Pickman. En el mismo lugar donde se habían congregado ¿minutos? antes los desconsolados familiares, una criatura, mitad humana mitad bestia, había desenterrado el pequeño ataúd y estaba intentado abrirlo, golpeándolo con una piedra.

La madera no era de la mejor calidad. Se astilló al tercer impacto con un chasquido. Alguien tenía que haber oído los golpes. ¿Por qué no se presentaba nadie? ¿Dónde estaba el vigilante? El ser gruñó de anticipación y terminó de destrozar la tapa del féretro con las manos desnudas, demostrando una fuerza más que suficiente para no haber tenido que recurrir a ninguna herramienta en primer lugar. Con enorme violencia, sacó el cadáver del bebé, sin preocuparse de evitar las astillas de madera. Llevaba un vestidito blanco, y su carne no presentaba mucho más color. Desde aquella distancia parecía una muñeca de trapo.

—*Ghūl* —susurró el hombre arrugado, con marcado acento árabe.

Simultáneamente, aunque estaba demasiado lejos como para haber podido oírlo, la criatura abrió la boca y mordió una de las piernas de aquel cuerpecito que no era de trapo. La tela se desgarró, los huesos crujieron y el gul profirió un gruñido salvaje. La saliva le goteaba de las comisuras de la boca mientras roía con determinación el tierno bocado.

Las arcadas fueron incontenibles. El fotógrafo sintió que los intestinos se le contraían y mandaban

hacia arriba una señal de alarma que no podía ser ignorada. Abrió la boca y vomitó, sin preocuparse de mancharse las zapatillas, unas reebok que se había comprado apenas le hubo llegado el primer cheque de la beca, para celebrar su buena suerte y que iba a librarse del traje y la corbata que le obligaban a vestir en la tienda. Pese a lo violento de su reacción, mantuvo en todo momento el brazo izquierdo inmóvil, elevado lo justo para no ejercer ninguna presión contra la garra que lo aprisionaba.

Su captor no mostró señal alguna de repulsión, ni por el espectáculo ofrecido por el monstruo, ni por la reacción del fotógrafo, ni por los efluvios acres de la vomitona. Parecía estar por encima de cuestiones tan mundanas. Alargó su mano libre y llamó con un gesto imperioso a la criatura necrófaga. Ésta clavó sus ojos rojos en él y bufó, resistiéndose a obedecer, pero en cuanto el hombre arrugado empezó flexionar los dedos, dejando extendido únicamente el índice en su dirección, se apresuró a cumplir su voluntad, acercándose a cuatro patas, sujetando el cadáver del bebé en la boca.

—Crece. Cambia. La Muerte es el fin de la transformación. Sin ella no hay límites, pero los límites son necesarios. Sin Muerte, ¿dónde están las

barreras? –Había pronunciado estas palabras en su estilo habitual, pero entonces centró su atención en el joven que aún se estremecía por las convulsiones frente a él—. Dilo.

Supo que era un momento crucial. De su respuesta dependía mucho más que su futuro. Repasó en su mente las incoherencias que había escuchado. Se forzó a concentrarse en aquel problema, olvidándose de las circunstancias que le rodeaban. Podía hacerlo, sabía que podía lograrlo. Su discurso era repetitivo, girando siempre en torno a los mismos conceptos: la Vida, la Muerte y...

–¡La Palabra! –aulló—. ¡La Palabra es la barrera!

El ser ni confirmó ni refutó, pero abrió la mano derecha, liberando a su prisionero. El fotógrafo se aovilló en el suelo, frotándose la piel ahí donde había estado en contacto con los dedos de la aparición. Para entonces la bestia necrófaga ya había llegado junto a ellos. Su aliento fétido le penetraba en los pulmones, asfixiándolo. Era delgada, de miembros largos y cráneo voluminoso, no presentaba un solo pelo en todo el cuerpo. Sus brazos, si así podían llamarse, terminaban en garras, mientras que sus extremidades inferiores estaban rematadas por unas pezuñas hendidas. Pese a su

aspecto demacrado, sus movimientos delataban una velocidad y una fuerza que no dudaría en emplear al servicio de su amo si de matar se tratara. La huida de una criatura así era imposible.

El hombre arrugado extendió los brazos hacia el monstruo, que se le acercó tan zalamero como un perro. Cuando lo tuvo cerca, fijó su atención en el cadáver del bebé que aún sujetaba en la boca. Con movimientos casuales, casi distraídos, se agachó y le arrancó un bracito, procediendo a despojarlo de todas las capas de tela antes de llevárselo a la raja ulcerada que le servía de boca. Mordió con unos dientes grandes y amarillentos. El fotógrafo no pudo dejar de constatar que no era una dentadura compuesta por caninos afilados, como de algún modo había imaginado, sino que todas las piezas eran similares a muelas anchas y fuertes, ideales para triturar. Un levisimo siseo se percibía sobre los sonidos de deglución, acompañado por tenues volutas que se le escapaban con cada exhalación.

Cuando hubo terminado de mascar, asintió en dirección al gul salvaje, que se lanzó de inmediato a desgarrar a su presa con las garras y a abrirle el cráneo contra el suelo, alimentándose de los despojos con un frenesí brutal. El bebé había estado

muerto desde el principio, pero ello no disminuía un ápice el impacto de la escena. El joven volvió a sentir que las arcadas le dominaban, pero ya no le quedaba nada en el estómago que arrojar, así que sólo expulsó una baba espesa y maloliente y se sintió miserable.

El hombre arrugado no volvió a preocuparse por su... ¿Siervo? ¿Mascota? Señaló la lápida donde estaba grabada la interpelación versificada y, por una vez, habló sin acertijos:

—¿Quieres saber?

El fotógrafo tardó unos instantes en entender la pregunta, como si hubiera sido formulada en un idioma que no fuera el suyo propio, aunque ambos estuvieran emparentados. Pese a todo, cuando por fin penetró lo suficiente en su consciencia para encontrarle sentido, despertó en su interior una curiosidad rugiente, lujuriosa, un deseo abrumador de conocer qué había impulsado a alguien a hacer grabar en su tumba, como única identificación, esas frases amargas. Todo lo acontecido hasta el momento no se borró de su mente, pero quedó arrinconado, pasando a un segundo e intrascendente plano. Tenía la boca demasiado seca para hablar, así que asintió, con movimientos espasmódicos, casi

febriles, aunque en realidad pocas veces se había sentido tan lúcido.

El hombre arrugado se inclinó sobre la tumba, extendiendo el pulgar de la mano derecha, como si se dispusiera a hacer la señal de la cruz sobre la lápida. Cuando la negra uña entró en contacto con la piedra se escuchó un sonido de desgarró, aunque más seco; el calificativo exacto sería pético, pero el fotógrafo se negaba a emplearlo, ni siquiera para sí mismo. El gul movió la mano con pulso firme, trazando sin aparente esfuerzo surcos, justo por encima de “Piensa, mortal”. Los surcos formaron letras, estilizadas pero reconocibles, y éstas una exhortación: “Habla”.

Cuando hubo terminado de trazar la última vocal, apartó con lentitud la mano de la lápida, extendiendo poco a poco los dedos, aunque sin llegar a tensarlos del todo. Detuvo el movimiento justo en el centro del pequeño montículo de tierra que delataba el lugar donde dormía la muerte. Estuvo un buen rato inmóvil, con los ojos cerrados, camuflados entre los relieves tortuosos de su faz agrietada. No había ningún indicio que permitiera interpretar sus acciones, pero de algún modo el fotógrafo sabía que no había en aquel gesto ningún

poder, que la invocación profana, fuese cual fuese, le correspondía a la palabra escrita. Lo único que lograba con aquel ademán era sentir a través de las yemas el resultado de la misma antes de que se manifestara en la superficie.

La tierra se combó, empujada desde abajo, y asomó la punta de un dedo reseco, descarnado, poco más que piel tirante y coriácea sobre hueso. Terrones sueltos fueron resbalando por las pendientes del montículo a medida que la mano cadavérica se alzaba a base de torpes espasmos hasta llegar a la altura de la del gul. En cuanto entraron en contacto se aferraron mutuamente, aunque casi al instante la extremidad muerta intentó soltarse sin éxito. Sólo entonces abrió los ojos el hombre arrugado. Su rostro mutó, adoptando una expresión perturbadora aunque indescifrable, y empezó a tirar, terminando de sacar de su útero de lodo los restos marchitos de lo que una vez había sido un hombre.

El cadáver reanimado se tambaleó, hundido todavía hasta los muslos en la fértil tierra de su tumba. Su piel, ennegrecida y recubierta de barro, le hacía parecer una grotesca escultura de arcilla, pero ninguna estatua podría llegar a mostrar nunca hasta tal extremo, por muy dotado que fuera el artista

responsable de su creación, el sufrimiento de un alma humana devuelta a la existencia en un receptáculo ya descartado y envilecido por la decadencia de la materia. Abrió la boca y gritó, o hubiera gritado de haber conservado sus pulmones, devorados por la podredumbre de la fosa. Su captor no mostró compasión alguna. Aferró su cráneo, poblado de pelos largos y apelmazados, que hubieran sido blancos como el mármol si hubieran estado limpios, y le forzó a leer su propio epitafio, con el escueto mandato, “Habla”, encabezándolo.

Al instante, el cadáver cejó en sus movimientos sin propósito. Sus propias palabras lo habían hechizado, con el cuello girado más allá de lo que hubiera sido posible estando en vida. Su captor lo soltó y él buscó con sus cuencas vacías a alguien a quien dirigirse. Percibió entonces la presencia del fotógrafo, paralizado en el suelo, tan cerca que si se inclinaba podría aferrarlo con su garra huesuda. Volvió hacia él su faz muerta y comenzó a hablar:

–Piensa, mortal, quien quiera que tú fueres, que fui lo tú eres.

Las palabras no salían de su boca, se formaban en el fondo de su garganta y allí se quedaban, resonando en el paladar e incluso reverberando en el

espacio que en vida había ocupado el cerebro. Surgían por cada orificio que encontraban, empujadas no por aire, sino por las sílabas que se formaban a continuación. Eran fonemas puros, ideales, no malogrados por imperfecciones en la vibración de las cuerdas vocales o en la posición de los labios; su perfección era terrible, casi dolorosa, ponía de manifiesto lo antinatural de la situación con mayor énfasis que la propia resurrección sacrílega.

—No hay edad prefijada; tal vez seas hoy lo que yo soy.

Aquello le golpeó. ¿Sería verdad? ¿Habría muerto? ¿Explicaría eso lo que estaba experimentando? Tal vez así se justificaba la oscuridad repentina y los muertos levantándose de sus tumbas: la impresión que le había producido el hombre oscuro le había hecho tropezar y se había abierto la cabeza con el borde de alguna sepultura, o le había provocado un ataque al corazón o algo parecido. Era joven, pero tenía que reconocer que no se había cuidado en exceso, sobre todo en los últimos tiempos; demasiada comida basura tragada con prisas, con muy poco o ningún ejercicio. ¿Tenía

alguna relevancia el que aquella pesadilla la estuviera sufriendo en vida o tras su muerte?

—No te importe mi nombre, tan siquiera, yace aquí quien te espera.

Y eso hizo, esperar, impasible, inmóvil por completo, bañado por la luna. El gul lo rodeó, acercándose al fotógrafo tendido. Le invitó con un gesto a que se incorporara y éste se apresuró a obedecer, temeroso de que volviera a cogerlo. Una vez en pie, el monstruo se le acercó y le susurró al oído:

—Pregunta.

Se humedeció los labios indeciso. Todo aquello no podía estar ocurriendo de verdad. Los cementerios no amanecían con sus enterramientos profanados y sus ocupantes tendidos sobre sus propios sepulcros. Al menos no era algo que ocurriera a menudo; de tanto en tanto saltaba alguna noticia extraña, perturbadora, demasiado desagradable para ser mostrada a la hora de la comida en el telediario, ni siquiera con el consabido aviso sobre la dureza de las imágenes que se pretendían mostrar. Se había tropezado con varios casos durante su periodo de documentación, siempre relegados a los periódicos locales, sin

fotografías, por supuesto, y con una redacción lo más neutra posible. La muerte vendía, pero sólo cuando era reciente, no cuando ya había sido apartada de nuestro lado; no cuando regresaba del olvido a exigir nuestra atención.

—Pregunta —insistió el gul, y no pudo sino obedecer.

—¿Cómo te llamabas? —pronunció, con voz ronca.

El cadáver no contestó, ni hizo el menor gesto de haber escuchado sus palabras. Impertérrito como una roca, nada delataba que pocos instantes antes alguna extraña fuerza lo había animado. Quien sí habló fue el gul, con su cadencia hipnótica, tal vez con un poso de apremio tiñendo su discurso de resonancias palpitantes.

—Las palabras no escritas se desvanecen, mueren con la carne. El tiempo desgasta la memoria, la pule hasta que sólo quedan las duras aristas de las letras cinceladas, que sirven de puente entre Muerte y Vida. ¿Qué es preferible, ser un nombre sin historia o sólo una historia sin nombre?

El fotógrafo sintió que el necrófago apoyaba ambas manos en sus hombros, sujetándolo con fuerza, obligándolo a mirar a las cuencas vacías del cadáver. Un violento espasmo recorrió sus músculos,

aunque no se atrevió a abandonarse por completo al dolor. Lo reunió todo justo sobre su diafragma y lo expulsó con un grito, una pregunta que no sólo buscaba respuestas por parte de una momia reseca.

—¿POR QUÉ?

El cadáver respondió, lentamente, sobreponiéndose o tal vez luchando contra una barrera que pugnaba por hacerlo enmudecer:

—Tres años. Tres años de sangre y barro. Tres años de heridas que no cicatrizan. Tres años de muerte: a mi alrededor, frente a mí, por balas, por bombas, por enfermedad, por hambre, por mi mano, tocándome aquí —el mismo dedo que había sido el primero en emerger de la tierra señaló sin titubeos un punto concreto de su hombro izquierdo— y aquí —el dedo se clavó entre las costillas del lado derecho—, pero desdeñándome. Había donde elegir. Pudo llevarse en Ciempozuelos, o en Teruel, o en Flix, pero siempre escogía a otro. Me había tocado, pero se llevaba a otro. Después se hastió y nos abandonó, se olvidó de nosotros, nos trató como si nunca nos hubiera mirado a los ojos ni hubiera depositado su helado beso en nuestros labios; nos trató igual que a cualquier otro. No le importamos. No hay edad prefijada. No hay favoritismos. Todos iguales, todos

aguardando la hoz, aunque algunos prefieran mirar hacia otro lado. Sólo una cosa es segura: el final llega.

Desde luego, allí, de entre todos los lugares posibles, era donde menos podía rebatirse esa sentencia. El coleccionista de epitafios se había quedado boquiabierto, dominado por la misma fascinación que atrae la mirada de los viandantes hacia un accidente. Las preguntas se agolpaban en su mente. ¿De qué había muerto a la postre? ¿Cuánto tiempo había sobrevivido a la guerra? ¿Había dejado atrás familiares? ¿Habían sido ellos los encargados de cumplir su última voluntad con respecto al poema que había de escribirse, como única identificación, en su tumba? Sin embargo, antes de que pudiera organizar sus pensamientos lo necesario para pronunciar la primera, el gul lo apartó con suavidad, susurrando:

—Suficiente.

Con un ademán descuidado rozó la lápida con sus uñas, trazando profundos surcos en la piedra que quebraron la palabra que había escrito con tanto cuidado momentos antes. Sin que mediara intervalo alguno, el cadáver se desplomó sin hacer apenas ruido sobre la tierra de su tumba. El ánimo del fotógrafo se derrumbó con igual facilidad al cobrar

súbita conciencia de la situación en que se encontraba.

El hombre arrugado parecía haber perdido todo interés en él. Estaba en pie, con la cabeza gacha, como si estuviera escuchando alguna música inaudible para los burdos sentidos humanos. El otro ser, el gul que era más bestia que hombre, se aproximó al cuerpo ahora inerte del antiguo combatiente, lo olisqueó con poco interés, se diría que por puro compromiso, y lo desdeñó. No era la suya una carne de la que pudiera alimentarse. Se alejó a cuatro patas en busca de carroña más reciente. Cuando su vagabundeo errático lo llevó a desaparecer de la vista entre los nichos, un pensamiento golpeó al fotógrafo de epitafios: aquélla era la última ocasión que se le iba a presentar para escapar. Su corazón empezó a latir con violencia.

Cerró los párpados e intentó tranquilizarse. Sólo iba a contar con una posibilidad. Todo tenía que salirle bien a la primera. Estaba en medio de las tumbas, pero no se encontraba muy lejos de la vía central, pavimentada, que atravesaba a todo lo largo el camposanto. Si llegaba hasta ella podría correr con mucha mayor facilidad y llegar hasta las depen-

dencias del vigilante. Había estado allí antes, para presentarse y enseñar los papeles que le autorizaban a realizar su trabajo. Del lado de dentro del cementerio sólo contaba con una puerta de madera bastante endeble. Si hacía falta podía incluso echarla abajo, aunque esperaba que estuviera abierta. Luego, ya se refugiaría en algún rincón, o buscaría un arma. Seguro que en alguna parte había herramientas de jardinería.

No llegó a plantearse cómo podría enfrentarse con unas insignificantes tijeras de podar contra el monstruo necrófago, ni mucho menos de qué le serviría un rastrillo frente a un ser capaz de tallar la piedra con sus manos desnudas. Su imaginación no se atrevía a ir mucho más allá de buscar un refugio lejos de los horrores que había presenciado. Desplazó los pies con cuidado, buscando afianzarlos para poder salir a la carrera. Sus suelas de goma hicieron crujir levemente la tierra. Se quedó paralizado, olvidándose incluso de respirar, sudando y con la boca seca, clavando los ojos desorbitados en las espaldas del hombre arrugado, que no se movió, concentrado todavía en lo que quiera que estuviera percibiendo.

Justo cuando iba a permitirse un respiro de alivio, el gul habló:

—¿Más?

Sólo eso. Sólo esa sílaba. Sonando insinuante a sus sentidos, transformada por su misterioso acento en una promesa de misterios insondables por desvelar. Se detuvo y pensó. Pensó en las tumbas que ya había fotografiado, en los epitafios que estaban escritos en ellas; en las vidas encerradas en ataúdes, protegidas por mármol, olvidadas hasta que un mandato del gul las devolviera a un simulacro de vida para su beneficio. La fiebre de conocimientos, la misma curiosidad mórbida que le había hecho aceptar la primera invitación, volvió a adueñarse de él. Si le deseara algún mal hubiera podido matarlo en cualquier momento, ¿no? El gul comenzó a andar hacia otra zona del cementerio y, tras un brevísimo instante de vacilación, el fotógrafo lo siguió. Cuando llegaron al pavimento, percibió que las pisadas de su guía sobrenatural sonaban extrañas, a golpeteo de pezuñas, pero ya era demasiado tarde para que algo tan trivial lo desviara del camino que por propia voluntad había hecho suyo.

El sueño eterno se abrió ante ellos como un libro largo tiempo olvidado en alguna oscura estantería. No había límites; los naturales se inclinaban ante el poder de las palabras trazadas por el hombre arrugado sobre el mármol de las tumbas, los morales se difuminaron con pasmosa rapidez, hasta alcanzar la consistencia de la niebla, que se abre por sí sola ante un avance decidido. El fotógrafo señalaba un sepulcro y el gul se apresuraba a desterrar a quien lo ocupara, por un breve lapso, del reino de las parcas. Tras ellos, los cadáveres quedaban inertes allá donde los hubiera abandonado la voluntad del necrófago; a medio salir del nicho algunos, tendidos en posiciones grotescas sobre el pavimento otros. Sólo con que hubiera vuelto la cabeza los habría visto, profanados, despojados de sus secretos, de lo único que habían logrado escamotear a la muerte, pero no lo hizo, siempre había otra tumba que investigar, otro retazo de andrajoso pasado en el que deleitarse.

Se adentraron así hasta el corazón del cementerio, allí donde los sepulcros eran más antiguos y donde la tierra llevaba más años acogiendo cadáveres en su seno. Todos los camposantos tienen uno, pero el fotógrafo, pese a su amplia experiencia en necrópolis, nunca los había explorado. En el corazón las

lápidas apenas sí conservan sobre sus gastadas superficies leves indicios de las letras que una vez las identificaron. En el corazón del cementerio el olvido de decenios, incluso de siglos, borraba epitafios, nombres y fechas, y los cadáveres yacían sin identidad y sin historia.

Se detuvieron frente a un enorme mausoleo. Presentaba dos torres puntiagudas, elevándose tres o cuatro metros a ambos lados del cuerpo principal, como si fuera una catedral en miniatura. La luz de la luna no alcanzaba a iluminar su interior a través de la verja de hierro negro que hacía las veces de puerta, pero se adivinaba espacioso. Bien podía imaginarse que la oscuridad, pasado el umbral, no tenía muros que la contuviera. El gul asió dos barrotes y estiró. Tras un crujido seco, y con un chirrido prolongado, los dos batientes se separaron, franqueándoles el paso.

Sólo entonces vislumbró el fotógrafo el alcance de la locura que lo había poseído. Clavó la vista en la nada que se había tragado a su guía y dudó. Escuchó un ruido a sus espaldas. Giró la cabeza y se encontró mirando directamente a los ojos al gul salvaje, que pronto, en cuanto se había percatado de que no había alimento para él en los muertos que

exhumaban, los había abandonado para corretear entre las tumbas. Aquellos ojos eran fríos, casi todo pupila, con un levísimo anillo rojizo a su alrededor tallado en mármol blanco, y carecían casi por completo de expresión. Sin embargo, pudo leer en ellos que sólo le quedaba un camino, hacia adelante, hacia la oscuridad. Traspuso el umbral del mausoleo con pie tembloroso y la noche se lo tragó.

Una vez más experimentó la sensación de haberse quedado ciego, aunque en esta ocasión no era una ceguera total. Por el rabillo del ojo alcanzaba a discernir una tenue claridad a sus espaldas, sólo que estaba fuera de su alcance; por nada del mundo podía volverse para abrazarla, no cuando el gul se escondía en el silencio frente a él. Se detuvo indeciso. Podría tantear su camino con un brazo extendido, pero la posibilidad de rozar al necrófago era demasiado horrible para considerar siquiera dicha acción. Así pues, permaneció en donde estaba sin moverse, sin casi respirar, durante un lapso imposible de medir, teniendo como únicos referentes la solidez del suelo bajo sus pies y el resuello arrítmico de la bestia a la entrada de la cripta. Sintió como si el mismo aire se solidificara a

su alrededor, aprisionándolo. Quiso gritar, pero no pudo forzarse a abrir la boca, pues si lo hacía, la oscuridad penetraría por su garganta, ahogándolo. Derramó lágrimas ciegas y maldijo en silencio a su guía, maldijo a la muerte y se maldijo a sí mismo. Cuando el gul comenzó a hablar se aferró a sus palabras con la gratitud con que un náufrago atisba en la inmensidad del océano la espuma blanca de una escollera.

—La nada de lo no-visto y lo no-oído y lo no-escrito. La muerte de lo que fue y lo que será. —La voz vibró en la cúpula invisible y rebotó en la fría piedra, golpeando una y otra vez, en frentes sucesivos, al fotógrafo—. Porque el tiempo es una ilusión. Sólo existe el ahora. La Palabra inventa el pasado y construye el futuro, y la Palabra es maleable, su solidez ilusoria. Las manos y la boca la deforman, la cambian, la adaptan. Y en cuanto es liberada comienza a mutar, pierde su significado, se oscurece. Ni siquiera la dura piedra puede atraparla e impedir su transformación.

En ese momento, un brillante trazo amarillento hirió las pupilas dilatadas del joven. Unas letras refulgentes comenzaron a cobrar forma en la negrura, empujándola cada vez más lejos, haciendo

que el interior del mausoleo adquiriera existencia y volumen. A su resplandor, el fotógrafo distinguió cuatro sarcófagos de mármol y un pequeño altar, alineados contra la pared circular de la cripta y enmarcados por columnas retorcidas que se prolongaban por el techo como las raíces invertidas de un árbol centenario. El gul trazaba las líneas con su índice derecho, las sombras cuarteaban su rostro arrugado, culebreando con cada movimiento que ejecutaba o con cada nueva herida luminosa que labraba sobre la cubierta del sarcófago más antiguo.

Veía las letras distinguiéndolas pero sin descifrarlas, como si pertenecieran a algún alfabeto extraño, enterrado en lo más profundo de su memoria racial. Así pues, tuvo que estar casi completo el epitafio para que lo reconociera, no leyéndolo, sino como imagen grabada en su cerebro. La revelación le hizo jadear mientras negaba sin convencimiento con la cabeza, incapaz de pronunciar el menor sonido articulado. Las letras ígneas decían:

CENIZAS A LAS CENIZAS
HASTA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Había sido él quien había compuesto aquel epitafio, pero no pertenecía a aquel mausoleo, ni siquiera a aquel camposanto. Estaban sepultados en un nicho vulgar, en un cementerio bastante nuevo y anodino, a muchos kilómetros de distancia. No podían, ¡no debían!, estar allí.

Lo peor de todo era que su reacción resultaba terriblemente errónea. Sus sentimientos no eran los correctos. Debería estar dominado por el terror, o por la indignación, pero lo que sentía, por encima de cualquier otro estado de ánimo, era vergüenza. No deseaba que lo contemplaran, que vieran en qué se había convertido, a dónde lo había conducido su debilidad; que vieran que, incluso entonces, no podía hacer otra cosa que anticipar con pasivo horror lo que le deparaba el destino.

El gul, sin prestarle la menor atención, prosiguió escribiendo:

ENRIQUE HINOJOSA MARTÍ 1948-2003

—Alto —logró murmurar por fin, con un tono que era más súplica que orden. Pero el necrófago no se detuvo, sino que empezó a trazar la “M” que daba

inicio a la siguiente línea—. Detente, por favor – sollozó—. Ha... haré lo que quieras, pero no sigas.

Sus palabras no surtieron ningún efecto. Era como si no existiera para el gul, quien, con mano firme, completó el nombre:

María Amparo

–¡No quiero saber nada de ellos! –gritó—. ¡No les molestes!

El primer apellido contribuía ya con su fulgor a la iluminación del mausoleo:

Sepúlveda

–Basta, por favor. No... no quiero... Eso no. No es necesario que sigas.

Cerdá

–¡Fue un accidente! ¡Los bomberos me lo confirmaron!

Sin prestar atención a sus lloriqueos, el gul comenzó a trazar las fechas que acotaban la vida de María Amparo Sepúlveda Cerdá. Primero el año de

nacimiento, 1951; a continuación el de muerte 200... Dejó de escribir. Alzó entonces la cabeza y miró, no hacía el fotógrafo, sino a su través. Quizás sonrió.

–Gracias, gracias –balbució éste, notando cómo las piernas le fallaban por el alivio.

El gul no modificó su indescifrable expresión mientras se apartaba de enfrente del sarcófago. Tampoco la varió un ápice, como si para el no supusiera ningún esfuerzo, cuando aferró la lápida y en un solo movimiento la desencajó y la arrojó al suelo, donde cayó boca arriba con un estruendo, levantando una nube de polvo. El chirrido de piedra contra piedra y el brutal impacto ahogaron el grito de desesperación del fotógrafo de epitafios.

Durante un buen rato, lo único que se movió fueron las partículas de polvo, transformadas casi en una cortina sólida y cambiante por efecto de la luz sobrenatural de las letras, cuya intensidad no se había visto alterada por el violento cambio operado sobre su soporte. En todo caso, la polvareda modificaba su alcance, dejando los extremos de la cámara más en penumbra y proporcionando, por el contrario, una claridad difusa a los puntos más próximos, borrando las sombras y alcanzando

lugares a los que no hubiera llegado de forma directa... como por ejemplo al interior del sarcófago.

No había fuerza alguna que pudiera obligarle a acercarse y contemplar los cadáveres calcinados que no podían –era de todo punto imposible– yacer allí. Ninguna lo intentó. El gul se limitó a permanecer a la expectativa, sin incitarlo a realizar ningún movimiento. Se marcharía. Sí, eso haría. Aunque tuviera que enfrentarse al monstruo degenerado que se había quedado fuera. Pero no se alejó. “No le tengo miedo”, se dijo, y era cierto, no era ése el motivo de su parálisis. Lo que le tenía atrapado era la incertidumbre, la necesidad de confirmar lo que ya sabía: que ellos no se encontraban allí. Dio dos pasos, hacia delante, con los párpados cerrados, luego dos más, hasta que sus manos rozaron, y posteriormente aferraron, el borde del ataúd de piedra. Respiró hondo y abrió con lentitud los párpados. Un gemido se escapó entre sus labios entreabiertos.

Sus padres estaban allí, abrazados, pero la imagen era más terrible que todo cuanto se había imaginado. El cadáver de su padre era una momia carbonizada. Estaba exactamente igual que el día que tuvo que identificarlo tras el accidente. Su piel, negra y agrietada, se tensaba sobre un cuerpo retorcido; el

forense había considerado su deber informarle de que las posiciones forzadas se debían a que el calor extremo había hecho que los tendones se contrajeran. Los labios también se habían estirado en una mueca, dejando a la vista los dientes. Carecía de globos oculares y, por supuesto, de pelo. La alianza matrimonial se había fundido y relucía, unida por toda la eternidad a su dedo anular. Su madre debería presentar un aspecto parecido, pero no era así. Sobre su cuerpo desnudo no se apreciaba una sola tara. Lo único que denotaba que no podía estar viva, aparte de la absoluta inmovilidad, era su palidez, acentuada en comparación con el negro cuerpo de su esposo.

Sintió que la cabeza le daba vueltas y tuvo que agarrarse con más fuerza al mármol. ¿Qué significaba aquello? ¿Podían acaso las palabras de aquel ser vencer a la muerte y no sólo engañarla por un breve lapso? ¿Por qué entonces obrar el milagro sólo con su madre? Alargó su mano derecha y, tras un instante de titubeo, le rozó el tobillo izquierdo, que era el que tenía estirado en su dirección.

La retiró a toda prisa. La piel estaba helada. Además, era de una suavidad extraña, ajena a cualquier otra que hubiera tocado en su vida. “Es nueva”, pensó. “Ni siquiera un bebé recién nacido

tendría una piel tan inmaculada”. No sabía por qué se le había ocurrido esa idea, pero al mismo tiempo estaba seguro de que era acertada. Sus cincuenta y dos años sólo definían el cuerpo, no lo habían construido. El receptáculo estaba preparado. Sólo faltaba que la vida se derramara en él.

—Despiértala —le pidió al gul.

Éste lo contempló un buen rato. Casi esperaba que pronunciara uno de sus herméticos discursos, pero no hizo otra cosa que mirarlo. Luego, se inclinó sobre su extremo del sarcófago y trazó con las uñas un símbolo en la frente de la mujer. Aunque hendió la piel hasta el hueso no surgió ni una gota de sangre.

—¿Mamá? —preguntó en cuanto el nigromante se hubo retirado.

La mujer desnuda se estremeció. El aire se movió por vez primera en sus pulmones. El sentido del tacto mandó sus primeros informes al cerebro. Demasiados datos, demasiado brusco. Sin abrir los párpados se retorció, tropezando una y otra vez con pies y manos en los bordes rígidos del sarcófago. Entonces debió de notar algo más, porque se quedó inmóvil, jadeante. Giró el cuello y abrió los ojos, encarados con las cuencas vacías del rostro carbonizado de su marido. Gritó.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tranquila! —vociferó a su vez su hijo, debatiéndose entre el impulso de taparse los oídos con las manos y el pensamiento de que debía abrazarla para tratar de consolarla—. ¡No lo mires!

Pero ella no podía hacer otra cosa. Se había apartado tanto como los estrechos límites de su tumba se lo permitían, pero no podía apartar la vista de la abrasada momia con quien la compartía. Tampoco podía dejar de gritar. Sus alaridos reverberaban en la cúpula, y cada uno de ellos era un cuchillo que se clavaba en la conciencia del hijo.

Por último, no pudo resistirlo más. Avanzó tambaleándose, como borracho, y le tendió la mano a su madre para auxiliarla.

La mujer alzó la vista con el terror reflejado en cada uno de sus movimientos. Siguió su brazo hasta clavar la mirada en su rostro y lo reconoció. Su faz experimentó un cambio fulminante; del horror absoluto pasó fugazmente por el recuerdo y de ahí a la confianza ciega. Toda ella se concentró en un único pensamiento, en el deseo de abandonarse, ceder el control y la responsabilidad de la situación a su hijo. Se incorporó y se lanzó a sus brazos, y él, él la soltó.

No había querido hacerlo. Su voluntad no había intervenido para nada, de verdad que no. Pero es que seguía estando tan fría; y el olor, no tenía ningún olor... ¿Pero qué había hecho? ¡Había rechazado a su propia madre! La excesiva intensidad. ¡No había sido culpa suya! ¡Tenía que ayudarla!

—Madre —suplicó, tendiendo los brazos hacia el suelo, donde se había quedado desmadejada, como un muñeco roto, demasiado confusa para seguir gritando—. Madre —repitió.

El chispazo de reconocimiento la había abandonado. Lo vio cernirse sobre ella y comenzó a arrastrarse por el suelo entre sollozos, escapando de él. Su piel ya no estaba impoluta, sino cubierta de polvo y mancillada por una multitud de rasguños incruentos.

—¡No! Yo no quería. ¡Vuelve!

Fue a ir tras ella para, esta vez sí, protegerla, para que le concediera otra oportunidad de estar a la altura, pero un brazo rodeó su cuello con fuerza irresistible y lo inmovilizó. Escuchó un susurro:

—Ahora es su turno.

Le costó un instante comprender a qué se refería, pero en cuanto lo hubo entendido empezó a debatirse entre gritos.

—¡Suéltame! ¡No vayas, mamá! ¡Vuelve! ¡Déjame ir! ¡Perdóname! ¡Perdónala!

Intercalaba exhortaciones a su madre y al gul sin orden alguno. Suplicaba, lloraba, maldecía y en el fondo sabía que era un hipócrita, que no estaba poniendo todo su empeño por soltarse, que le podía el miedo que sentía a las garras de gul, que, como siempre, era incapaz de invertir todo su esfuerzo para conseguir algo, que las dificultades eran obstáculos insalvables, que no estaba seguro de cómo reaccionaría de cumplirse lo que con tanto histrionismo exigía.

Todo se desarrolló con onírica inexorabilidad. La mujer, sorda a cualquier ruego, avanzó hacia la luz de la luna, despellejándose las palmas de las manos y las rodillas con el basto suelo. Cuando su cabeza asomó por la puerta del mausoleo y la brisa de la noche la besó, cerró los ojos, y experimentó quizás el único momento de paz de su resurrección. El monstruo que aguardaba fuera no le concedió más. Saltó sobre su espalda y se la laceró con sus zarpas. Le dio la vuelta, y continuó desgarrando, desprendiendo jirones de tierna carne muerta. Seguía sin haber sangre, ni muerte, pues ¿cómo

matar a un cadáver reanimado? Sólo dolor, miedo, gruñidos y locura.

El hombre oscuro liberó a su prisionero, que se quedó inmóvil, sin poder hacer nada, viendo cómo el monstruo devoraba pedazo a pedazo a su madre. Los gritos, por fortuna, acabaron pronto, cuando un zarpazo le abrió la garganta, pero su agonía no precisaba del sonido para hacerse patente. Tenía que detenerlo como fuera. Buscó con la vista algún arma, pero el mausoleo estaba vacío. No había siquiera un simple candelabro. Todo era piedra y decadencia. ¿Pelearía con las manos desnudas? ¿Se atrevería a defender con su vida un cuerpo muerto que se parecía al de su madre? ¿Qué le garantizaba que todo aquello no era más que un truco, una ilusión, una farsa orquestada para torturarlo? Podía distanciarse, podía elegir no seguirle el juego. Nada de aquello era real. Sin embargo, no apartó la vista.

El hombre arrugado también contempló durante un buen rato, sin hacer nada, el macabro festín. Luego, desplazándose en silencio, se aproximó a la lápida tirada en el suelo, con las letras que había trazado con anterioridad aún brillando en su superficie, y se agachó. Con lentitud, alargó el meñique derecho, rematado, como el resto de dedos,

con una negra uña, y lo acercó al mármol. Con decisión, dibujó la ondulante forma de un tres para completar la fecha de la muerte de Amparo. En el preciso instante en que concluía el trazo, el gul salvaje interrumpió su frenética actividad, giró el cuello y rugió.

En aquel rugido había tanto odio que hizo que el fotógrafo se echara hacia atrás, hasta apoyar la espalda contra la pared del mausoleo. Pero no era a él a quien iba dirigido aquel rencor.

El gul salvaje se giró con cierta dificultad y tensó los músculos de las piernas para abalanzarse sobre su amo. No había duda alguna de que no había nada que éste pudiera hacer para contenerlo; el odio lo hacía demasiado poderoso. Sólo que, en el instante antes de saltar, algo pareció estallar en su interior. Se derrumbó sobre los restos temblorosos de su víctima y un hilillo de humo empezó a elevarse de su boca entreabierta. También Amparo humeaba ahora. Su piel blanca comenzaba a perlarse con circulitos negros que iban aumentando de diámetro. En su dolor percibió el cambio, lo entendió y lo abrazó con gratitud, pues aquel era el suplicio definitivo tras el que se encontraba el retorno a la paz.

La bestia necrófaga sabía que todo estaba perdido para ella. Había caído en la trampa. Ya no podría cobrarse venganza por cientos de lunas de rastrera servidumbre. Pero no estaba dispuesta a rendirse sin intentarlo una última vez. Ignorando la carne que ardía en su interior, estiró los miembros y comenzó a arrastrarse hacia su torturador.

Amparo lo notó. Perdida en su propio dolor, no le prestó atención al principio, pero entonces, casi por casualidad, vio —y reconoció— a su hijo. Estaba atrapado y la bestia se dirigía hacia él. Un único pensamiento la invadió. Tenía que protegerlo. No podía mover nada de cintura para abajo, pero los brazos aún le respondían. Los cerró con todas sus fuerzas en torno a una de las pantorrillas del monstruo.

El joven lo vio todo. Vio que, incluso con su último aliento, aquel cuerpo que tanto se parecía a su madre lo daba todo por él. Vio también que le sonreía hasta que el dolor le impidió cualquier otro gesto que no fuera un grito silencioso. Vio que siguió sujetando al monstruo cuando éste comenzó a descargar zarpazos contra ella, que aún lo retenía cuando se alzaron las llamas y comenzaron a consumir a ambos, que ni aun cuando ya no había

lugar para nada que no fuera el fuego abrasador soltó su presa. Y supo que aquella devoción hacía él no podía simularse, y que sólo podía haberla experimentado alguien que lo amara sin restricciones.

—¡Madre! —gritó, acercándose a la pira rugiente en la que se consumían los dos cuerpos tanto como le permitió el calor.

Ya no había nada que hacer. Sabía cómo iba a quedar su cadáver. Ya lo había visto en una ocasión. Y no había hecho nada por impedir que su destino se repitiera.

Tras él, el gul salmodió:

—La imagen invertida del círculo se cierra. Por la Palabra has rechazado a la Vida, has rechazado a la Muerte. Comprende que no hay verdad, ni mentira, ni vida, ni muerte, ni palabra, sólo la nada.

Algo se quebró dentro del joven. Ya sólo quería irse de allí, escapar; no sabía de qué, sólo sabía que tenía que correr. Salió disparado, saltando por encima del fuego que aún crepitaba a la entrada del mausoleo, sin preocuparse de mirar por dónde iba. Pasó a la carrera entre hileras de nichos, girando a derecha o izquierda indistintamente cada vez que se tropezaba con una pared salpicada de sepulcros.

Sentía los ojos de los muertos clavados en él, pero no le importaba. Ahora sabía que la muerte no escondía secretos, sino que reflejaba los que pusieran ante ella. Los epitafios no eran más que la mentira postrera.

El cementerio no terminaba. Incluso corriendo mayormente en círculos debería haber alcanzado por pura casualidad algún lugar desde donde orientarse hacia la salida. Sin embargo, sus sentidos revelaban una situación muy distinta y en su mente se formaba la imagen de una necrópolis infinita, tan implacable como la oscuridad tras sus párpados. Estaba donde se merecía.

Pese a la energía que le había dominado al principio, pronto comenzó a cansarse. Apretó los dientes y se forzó a continuar, pero la desesperación se había apoderado de algo más que de sus músculos. Paradójicamente, cuanto más se convencía de que tratar de huir era inútil, más tranquilo se sentía. Si no existían opciones, no había nada por lo que luchar. Podía rendirse sin que ello fuera deshonoroso. Poco a poco fue aminorando el paso, hasta que al final ya sólo se movía con el andar cansino del que lleva en sus piernas una larga jornada y sabe que ya falta poco para llegar a casa.

No se sorprendió cuando al girar la siguiente esquina se encontró al gul esperándole.

—El tercer círculo se ha cerrado —habló el gul, y el joven, por fin, comprendió.

El necrófago se acercó a los nichos alineados en una de las paredes, deteniéndose frente a uno vacío. En el suelo había una lápida negra, perfectamente pulida, sin marca de ningún tipo. La recogió y tapó con ella el hueco. El golpe sonó seco, como un disparo. A continuación, escribió sobre ella con la uña del dedo corazón:

Carlos Hinojosa Sepúlveda
Al otro lado de la lente

Carlos asintió con aprobación. Aquél era el epitafio que tenía pensado para sí.

Ya no había prisa. Con tranquilidad, buscó con la vista alguna herramienta adecuada, pero sólo localizó un pedrusco redondeado, de los de río, que habría llegado hasta allí a saber mediante qué rocambolescos caminos. Serviría. Lo recogió y lo sopesó en la mano, sonriendo. Luego se dirigió hacia su tumba y golpeó el mármol que la cubría hasta

quebrarlo. Retiró los pedazos uno a uno y no se sorprendió al distinguir entre las sombras la oscuridad aun más profunda de un ataúd. En su extremo había un asa de bronce.

Metió el brazo izquierdo en la oquedad –se había lastimado un poco la mano derecha al propinar los golpes– y sujetó el asa. Iba a ser difícil, pero no había llegado tan lejos para rendirse. Se apoyó en los bordes del nicho y estiró con todas sus fuerzas. El ataúd se movió un palmo. Carlos tomó aire y volvió a tirar. En esta ocasión se movió mucho más, hasta sobresalir varios centímetros del agujero. Un esfuerzo más y lo conseguiría. Aferró con ambas manos el asa y se preparó para el estirón definitivo. Debía hacerlo de golpe, o sus piernas correrían peligro. Sin pensárselo se lanzó hacia atrás, arrastrando tras de sí el féretro, que cayó al suelo con estruendo, sin aplastarle las piernas de milagro.

Se quedó tendido en el suelo mientras recuperaba el aliento, mirando las estrellas. Se preguntó cómo se verían desde el otro lado.

Cuando se incorporó vio que el gul se había aproximado a su ataúd, aunque sin tocarlo. Se le unió, agachándose a continuación y acariciando casi con lascivia la madera oscura. La superficie pulida le

devolvió el reflejo de su sonrisa, aunque por algún extraño efecto óptico parecía más bien la mueca tensa de un demente. No quería contemplarla. Buscó a tientas los cierres de la tapa y abrió el féretro, sin volver a dirigir la mirada al mundo deformado que se reflejaba sobre él.

Su cadáver reposaba desnudo entre terciopelo. Su expresión era plácida; no se apreciaba la arruga de ninguna preocupación alterando su rostro.

El gul se cernió sobre él y él y habló:

—Vida, Muerte y Palabra. —Luego añadió—: Ésta es tu carne.

Carlos asintió, alargó las manos y sujetó un brazo de su yo-cadáver. Estaba frío, pero no rígido. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor. Las palabras liberadas al viento se desvanecían antes incluso de haber terminado de pronunciarlas. No existían, nada existía.

Abrió la boca y mordió con fuerza.

Al principio le costó un poco masticar su carne, pero al poco pudo empezar a ayudarse a desgarrarla con las uñas que le estaban creciendo. Unas uñas fuertes y negras, como caparazones de escarabajos.

Aisa liberó mi cabeza y la escena imploró, devolviéndome a la ribera estigia, y con la misma rapidez me subieron por el pecho unas arcadas incontenibles. No había sido sólo una visión, sino que había estado allí, escuchando los chirridos de los insectos nocturnos, oliendo el aroma penetrante de la tierra recién removida y, durante un espantoso instante, saboreando la carroña de mi cuerpo sepulto.

Mi guía esperó con paciencia a que cesaran los vómitos, sin dar muestras de verse afectada ni por el patético espectáculo ni por los agrios humores evadidos de mi estómago. Cuando consideró que estaba en condiciones de atenderla, preguntó:

—¿Me seguirás ahora?

Asentí. Estaba demasiado abrumado para oponer resistencia. Nos sumamos a la comitiva de sombras y, a su mismo ritmo, fuimos bordeando el río hasta que, incontables pasos después, desembocó en una corriente que a tenor de lo turbulento de la confluencia se adivinaba mucho mayor.

—El Aqueronte —me informó mi guía, abarcando con un gracioso gesto la imponente masa líquida.

Aquí las sombras ya no desfilaban ordenadamente, sino que vagaban erráticas por la

inmensa y yerta explanada que iba a morir al río. Con cada paso que nos alejaba del Estigia, su densidad se iba incrementando, hasta que formaron una masa blanquecina e informe en la que Aisa no dudó en zambullirse, arrastrándome, medio loco de terror y repugnancia, con ella.

—¿Qué hacen aquí? ¿A qué esperan? —pregunté, llenándome la boca de insustancial carne sombría.

—A él —me contestó, al tiempo que señalaba río adentro.

Enfoqué la vista, tratando de discernir a través de los velos traslúcidos lo que me indicaba. Al principio no percibí nada, pero pronto observé en la lejanía, a poca altura sobre la superficie del Aqueronte, una estrella rojiza que al acercarse se dividió en dos pequeños soles, que a su vez devinieron en los pavorosos ojos flamígeros de un anciano demacrado, de larga y enmarañada cabellera blanca que se confundía con la mugrienta barba que parecía constituir todo su atuendo. Pese a su depauperada apariencia, manejaba con firmeza el remo de popa de una embarcación que dirigía hacia nuestra orilla.

—Vamos —me urgió Aisa, tirándome de la manga para que me pusiera en movimiento—. No desearías estar presente cuando exija el pago.

–¿Pago? ¿Qué pago?

–El que exija el ritual.

–¿Qué ritual?

–Eso carece de importancia: honras fúnebres, sacrificios, exequias, tesoros incalculables o un simple óbolo de plata. Lo único relevante es que todo tránsito exige un precio, y es él quien cobra el del cruce del Aqueronte.

–Pero... pero... ¿qué pasa con quienes desconocían lo que se les iba a pedir?

–Ello no exime del pago.

–Pero...

–Todo en el reino del Hades tiene un precio –me cortó tajante.

Me detuve, impactado por la suprema injusticia de aquella imposición que consideraba irracional. Empecé a volverme, para asistir a la cruel transacción, pero Aisa me lo impidió con una caricia y una mirada.

–No, no te corresponde a ti. Deja que cada cual asuma sus deudas, y no te compadezcas de quienes no puedan cubrirlas. ¿Puedes acaso asegurar que no resulta más oneroso saldarlas? Mira, te contaré un cuento. Quizás así empieces a comprender en su justa medida lo que significa...